

## XXXVI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - julio de 2024

### Sigüenza y Góngora y los estudios de las literaturas de América hoy

Facundo Ruiz

UBA-CONICET

Poco a poco la figura de Sigüenza y Góngora fue apareciendo a la crítica como el *Ángelus Novus* de Klee a los ojos de Benjamin: “Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar.” (2007: 29) Difícilmente, en cambio, pueda extenderse la comparación y decirse –como Benjamin del *Ángelus*– que Sigüenza haya querido detenerse, aunque sería discutible –a la luz, de su *Theatro de virtudes políticas*, por ejemplo, donde literalmente imaginaba en la plaza pública las dignidades de los vencedores bajo la tutela de los vencidos– que no haya querido despertar a los muertos y recomponer lo destrozado. En todo caso es cierto, sin duda, que a él también empuja, irresistiblemente, el huracán hacia el futuro, al cual no vuelve su angélica espalda sino –con el mismo interés– sus barrocos escritos, mientras crece el cúmulo de ruinas ante él hasta el cielo. Porque lo que Benjamin llama progreso, y Sigüenza apenas vislumbraba ligado a una palabra nueva, por eso indescifrable, y todavía ajena –América–, es justamente ese huracán. “Siendo difícil saber si viene –escribe Alejandro Rubio en uno de sus poemas– hacia nosotros un futuro calculado / o un pasado que no va a retroceder, ¿quién / de los dos se mueve primero?” (2023: 58)

¿Tendrá este aspecto el ángel de su historia? “Los ojos se le ven desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas”, dice Benjamin, y bien podría ser ésta una descripción sucinta del Pegaso que Sigüenza elegía como divisa. Un paso atrás ni para tomar impulso. Pero quizá sea, también aunque casi redundante, una cuestión de tiempos: los entre-siglos americanos (y no sólo) suelen ofrecer lo que Ludmer caracterizaba en *Las culturas de fin de siglo en América Latina* como “posiciones de desplazamiento”, lugares donde se leen “las varias

caras, o lados, de cada proceso” que –benjaminiana– Ludmer resumía: “a cada poder su resistencia; a cada monumento de civilización su barbarie” (1994: 7). ¿Y hoy? Pienso por qué el estudio de la obra de Sigüenza –lejos de ser tendencia o aglutinar expectativas de latinoamericanismos posibles– se ha vuelto en los últimos años al grupo de Barroco una tarea casi única y, en lo personal, cada vez más más elocuente, más urgente incluso para entender la situación actual de una crítica presente, y un presente de la crítica, de las literaturas de América. Pienso en la multiplicación deliberada de su estilo, en esa reconstrucción permanente de la andadura, en cada escrito o cada proyecto. Pienso cómo cada libro no se parece al anterior y sostiene, con la férrea conciencia de su fragilidad, un horizonte que, también, se va moviendo sin por eso perder de vista el mapa. Pienso en la dificultad material que cada una de sus publicaciones (impresas) exponía, porque no recibía el apoyo que esperaba, ni Sigüenza esperaba o quería recibir como el mero aliento a una republicana letranía sino como la interpelación intempestiva que confirmara la precisión científica y hasta la necesidad política de su trabajo. “Si hubiera quien costera en la Nueva España las impresiones –escribe Sigüenza en 1684– (...) no hay duda sino que sacara yo a luz diferentes obras, a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi Patria tengo” (f.IXr). Pienso en la incomodidad que evidenciaba al tener que hacer de ese trabajo y aquella ciencia, también, un simple ganapán, el remo de una rumia sin ritmo: “que yo también soy astrólogo y que sé muy bien cuál es el pie de que la astrología cojea y cuáles los fundamentos debilísimos sobre que levantaron su fábrica” (2018: 203), dice –siempre con ánimo polémico– en 1681 refiriéndose a la interpretación del paso de un cometa aunque, como un bajo continuo, deja oír en su invectiva el incordio anual que como hacedor de calendarios sentía, y que explicita 13 años más tarde –en 1694– ya sin matices: “así [por ardor de juventud y haber obtenido el puesto en la universidad] por esto como por los cortísimos medios con que hasta aquí he pasado me necesité a proseguir en la publicación de los lunarios a que dio principio la poca consideración de lo fútil y desaprovechado de semejante empleo y de la ninguna honra y ascensos que se medran en este estudio.” (en Quintana 1969: 242) Pero pienso también en cómo en ese panorama lograba convertir los empleos circunstanciales en obras peregrinas: si le encargaban un arco triunfal que recordara la victoria perenne del conquistador, hacía un catálogo minucioso de virtudes vencidas; si le encargaban la historia del único convento Real de Nueva España, aprovechaba para experimentar los límites del

testimonios –entrevistando, dice, a más de cien monjas– para, detalla en el prólogo, “escribir historia de mujeres para mujeres”; si le encargaban la burocrática tarea de tomar declaración a un puertorriqueño sospechoso de trato con piratas, que asolaban entonces sin remedio las costas mexicanas, Sigüenza escribía *Infortunios de Alonso Ramírez*, con el cual no sólo lograría exculpar al criollo en apuros (e incluso granjearle buenas posibilidades laborales) sino intervenir, simultáneamente, tanto la ficción picaresca de estirpe española como la multiforme crónica de Indias de base novohispana sin quedar, literariamente, ni de un lado ni del otro sino en una nueva vía que –mutatis mutandi– podía tener una cabecera en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y proyectarse a las fantasmales –pero próximas– estaciones *Relato de un naufrago* de García Márquez, en el ramal Atlántico, o *Lazarillo de ciegos caminantes* de Carrió de la Vandra, en el ramal andino, por nombrar apenas dos conocidas postas de un tendido inmenso. Y pienso si todo o buena parte de esto, si la urgencia elocuente –plutónica, diría Lezama– que se halla en su estudio, así como la inquieta multiplicación de su estilo, la desigualdad de sus obras, la dificultad material de su publicación, la incomodidad económica permanente del letrado, resultado de una política colonial del conocimiento, no es –exactamente– eso que ante nosotros aparece como una cadena de acontecimientos y él ve como una única catástrofe que amontona ruina sobre ruina a sus pies. Y pienso si todo o buena parte de esto no es –también– una radiografía de esa pampa (no igualmente húmeda, ni parejamente llana) que son los estudios de las literaturas de América: multiplicación de estilos, desigualdad de obras, dificultad material, incomodidad económica, política colonial del conocimiento. Y pienso entonces si entre ambos entre-siglos –el suyo, barroco, el nuestro, aún borroso pero ya filoso– lo adecuado sería establecer una cadena de acontecimientos o una catástrofe única. Y finalmente si, en uno u otro caso, alcanza hoy con coincidir con el diagnóstico de Ludmer: a cada poder su resistencia, a cada monumento de civilización su barbarie.

Es cierto que tensar la comparación con el *Ángelus Novus* o el paralelo con el libro reunido por Ludmer tiene sus límites (históricos y críticos fundamentalmente), y no era mi intención explorar eso ahora. Es cierto también, con las nuevas incertezas que esto arroja (conceptuales y metodológicas fundamentalmente), que mientras a fines del siglo XVII las naciones palpitaban sutiles pero ya pujantes formas de presencia, a fines del XX destilaban por sus varias ausencias, si bien esto –curiosa pero quizá no casualmente– es lo que

permitiría, a uno y otro lado de los nacionalismo, articular las disímiles respuestas a esa pregunta con la que Ludmer hilaba buena parte de las preocupaciones críticas: cómo pensar sin nación, y cómo –entonces– repensar las identidades. ¿Y no podrían ser éstas, justamente, las preguntas que –tradicionalmente– han vertebrado esa cadena de acontecimientos o surgido de aquella única catástrofe que amontona ruina sobre ruina a los pies de América? ¿No son los estudios de las literaturas de América aquellos que, siglo tras siglo, es decir, incomparablemente, han buscado responder a cómo pensar sin nación y, desde ahí, repensar la identidad? ¿Y no estaría siendo hoy, cada vez más desindividuada la identidad en matrices comunitarias, más favorable repensar los estudios de las literaturas de América en términos plurinacionales? A veces pienso que la misma variabilidad que Gruzinski describió –breve pero elocuentemente– para la palabra indio a lo largo de los siglos en América, cabe a la palabra nación; y como ambas, en tándem, han guiado buena parte de nuestros estudios, me pregunto cuánto de eso cabe también a la palabra literatura, cuánto de indio, nación y literatura –en palabras de Gruzinski– “fue antes que nada y sobre todo una invención de Occidente y no ha cesado de serlo hasta el momento actual. Resume en una sola palabra la lenta empresa de occidentalización emprendida por la colonización española y continuada después de la independencia.” (1986: 411)

En todo caso, y volviendo a Sigüenza, pienso también que si con variantes y diferencias no menores el estudio de su obra expone un entre-siglos marcado por la dificultad material de publicación, la incomodidad económica de quien escribe e investiga y una beligerante política colonial del conocimiento que vuelven ese estudio y esa obra extrañamente contemporáneas, confirmando lo que Zanetti llamó –con extrema precisión– la “simultaneidad impensable” (1987: 189) de las literaturas de América, por otro parte encuentro hoy que su respuesta a esa situación dista notablemente de la actual. Pienso que la singular manera de Sigüenza de convertir los empleos más disímiles en obras peregrinas, en escrituras irrepetibles y desiguales, su tozudo optimismo que hacía de la intemperie un desafío crítico que la escritura debía, rigurosamente, reunir y registrar pero también, literalmente, *informar*, hoy parece tender en sentido tan diverso que resulta casi contrario. Puntualmente: mientras la obra de Sigüenza evidencia una voluntad deliberada de transformar la individualidad del estilo en la comunidad de una literatura (como la suya, hecha de escrituras pluriformes), hoy esa multiplicación de estilos tiende más a la dispersión

que a la reunión y, curiosa pero quizá no casualmente, mientras esa dispersión confirma, y se asienta en la individualidad de quien escribe o del asunto abordado, el estilo –no obstante dispersarse– se uniforma. ¿Por qué la escritura crítica de los estudios de las literaturas de América hoy resulta tan uniforme, parece tan contraria la escritura al desafío que enfrenta? ¿Cuánto de esa uniforme dispersión habla de lo que la proyecta y cuánto de lo que persigue? ¿Cómo no vincular la estructura científica (y universitaria) actual –mucho mejor que la de fines del siglo XX y prácticamente incomparable con la de fines del XVII– con dicho fenómeno? Pienso si la dispersión y uniformización de los estilos críticos no está inextricablemente unida a la enorme especialización de los estudios de las literaturas de América, aunque me pregunto por qué redundan negativamente esa especialización no sólo necesaria sino alentadora, por cuanto permite desplegar la peculiaridad de las literaturas de América y, así, ir despegando su concepción de –como decía Gruzinski– “la lenta empresa de occidentalización emprendida por la colonización española y continuada después de la independencia”. Pienso si esa multiplicación de estilos no estuvo siempre, en los estudios de las literaturas de América, ligado al ensayo, a ese género –como escribía Sigüenza, justamente– informe y, más aún, a la singular vinculación del ensayo con lo que, casi contemporánea de su surgimiento, conocemos como ciencia moderna. Aunque me pregunto si no es la novedosísima relación entre ciencia y literatura (ciencia y arte), una cercanía de poderes históricamente desiguales (y un acercamiento que a principios del siglo XXI, a diferencia del ocurrido a principios del XX, es más institucional que disciplinar), si no es ese vínculo –que Adorno creía disuelto irreversiblemente– o las condiciones en las que ocurre lo que afecta o repercute necesariamente en la crítica y, fundamentalmente, en su escritura. Pienso que hay algo fundamentalmente ensayístico y necesariamente crítico, de apuesta crítica incluso por la renovación del tema (y no por su desvinculación) en la escritura, en el uso que hace Zanetti del cut-up –collage de citas lo llama Gramuglio– en *La dorada garra de la lectura*, y también en la novelización del ensayo que lleva adelante Paz para estudiar a sor Juana, y también en la elaboración arquitectónica de una planta crítica, más que un edificio de lecturas, en *La ciudad letrada* de Rama, y también en la parodia del blog, más que del diario, y del tiempo y espacio kantiano más que sartreano en la organización que da Ludmer a *Aquí América latina*. Y me pregunto por qué últimamente, dada la mayor cercanía entre ciencia y artes y, si amenazada, dada también una más sólida estructura científica (y

universitaria) para los estudios de las literaturas de América, no es hoy frecuente encontrar esas apuestas críticas o esos riesgos, esas poéticas del pensamiento de la escritura, y sí en cambio un discurso que, en su dispersión y uniformidad, hace sonar un runrún que –como decía Grüner– parece más interesado en mantener la máquina engrasada que en ensayar o disputar verdades y proyectos, un discurso desvelado por “oír campanadas sin saber dónde resuenan, ocupado como está en ubicarse en todas las capillas al mismo tiempo.” (2023: 51)

Quizá porque el capitalismo sigue siendo cierto, violentamente cierto, continúa alertando –como la silenciosa luz de una sirena insomne– lo dicho por Darío: “El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad”. Esa alerta de principios de siglo XX recuerda, entre otras cosas –y como escribe a mediados de siglo Adorno, con inconfundible estilo dariano–, que comprender no es simplemente poner al descubierto, como quien pela una fruta (cf. 2003: 13). Y quizá por eso Sigüenza nunca haya escrito –o podido escribir– dos textos iguales. Menos que una alerta y más que una especulación, a fines del XIX también Martí hacía sus proyectos de pasaje y martingalas de entre-siglos y, entre ellos, uno –como el *dictum* dariano– sigue resultando imprescindible, y hoy quizá especialmente elocuente. Puesto a prologar el *Poema al Niágara* del venezolano Pérez Bonalde, en 1882 Martí escribe lo que todavía leemos como un manifiesto o ensayo fundacional, “una meditación –propuso Ramos a fines del siglo XX– sobre el lugar impreciso de la literatura en un mundo orientado a la productividad, dominado por los discursos de la modernización y el progreso” (1989: 7). Esa imprecisión, aquel “lugar impreciso”, podría describir sin mayor esfuerzo el que la figura y obra de Sigüenza han tenido a lo largo de los años, ya último vestigio de una colonia en ruinas, ya primer polizón en el viaje a América. Esa imprecisión, aquel “lugar impreciso”, podría también precisar el de los estudios de las literaturas de América hoy, distantes de su tradición geopolítica y cercanos de más de una institución científica. Esa imprecisión, aquel “lugar impreciso”, entonces y ahora podría, sin más, caracterizarse como crisis. Pero es ahí, exactamente ahí, donde Martí interviene inesperada y definitivamente. Con un optimismo insólito, o cuando menos infrecuente, Martí ve en el entre-siglo lo que más tarde Gramsci haría célebre: el tiempo de lo que ya no es y *también* de lo que aún no ha comenzado, ese compás que no puede –justamente– ser de espera, porque en él radica la oportunidad –siempre irrepetible– de que esos (estos) ruines tiempos no definan toda una época. Ese ritmo dislocado de entre-siglos,

ese “tempo” encabalgado del *ya no/aún no* que suena en cada frase de su “Prólogo” es muchas cosas pero no una crisis, no al menos una crisis como tónica tensión entre una repetitividad estructural y una absoluta unicidad que la convierte en un concepto finalmente estable para la historia (cf. Kosellek 2007: 259) y la crítica. Si “crisis” es lo que estabiliza (explica, asienta: institucionaliza) ese lugar impreciso, ese ritmo encabalgado del pensamiento, entonces –piensa Martí– lo que ocurre es otra cosa. Y quizá por eso crisis es una palabra que su “Prólogo” no usa ni una sola vez. Porque cuando los tiempos son ruines una cosa es un crítico pensamiento optimista y otra, muy distinta, uno estabilizador de las diferencias críticas, que templa sesudo la intemperancia de tiempo y época con la manta de la crisis.

¿Y hoy? ¿Podríamos llamar crisis al desarrollo caudaloso de buena parte de los estudios de las literaturas de América en el marco –aún amenazado– de un crecimiento inédito del sistema científico y a su vinculación, desigual pero tangible, con la educación universitaria y sus diversas comunidades? Como Martí, también Sigüenza tenía sus momentos –aún más infrecuentes pero igualmente insoslayables– de un crítico optimismo que, en su caso, solía manifestarse como una tozuda y casi contrariada convicción de una tarea irrenunciable que, a contrapelo de la historia, pugnaba para que las ruinas que se amontonaban a sus pies no le impidieran seguir construyendo. Y así, por ejemplo, escribía en 1680: “Nunca desistiré del conato que en esto pongo, cuanto siempre me ocupo en investigar lo que en algún tiempo puede ser que se repute útil, supuesto que (ignoro la causa) en investigar con curiosidad nuestras historias domésticas, no sólo no hay aplicación, pero ni aun gana.” (en Del Piero y Ruiz 2023: 17)-

## BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor W. “En ensayo como forma”, en *Notas sobre literatura* (trad. Alfredo Brotons Muñoz). Madrid: AKAL, 2003, pp. 7-34.

BENJAMIN, Walter. *Sobre el concepto de historia* (trad. Bolívar Echeverría). Buenos Aires: Piedras de papel, 2007.

DEL PIERO, Gina y Facundo RUIZ. “Noticia *chronologica* de Carlos de Sigüenza y Góngora: apostillas y edición”, *Zama* 15 (2023), pp. 9-27

GRAMUGLIO, María Teresa. “Literatura argentina y literaturas europeas. Aproximaciones a una relación problemática”. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013, pp.345-355.

GRÜNER, Eduardo. *Un género culpable*. Buenos Aires: Godot, 2023.

GRUZINSKI, Serge. “La red agujereada. Identidades étnicas y occidentalización en el México colonial”, *América indígena* 3 (1986), pp. 411-433.

KOSELLECK, Reinhart. “Crisis”, *Crítica y crisis* (trads. Rafael de la Vega y Jorge Pérez Tudela), Madrid, Trotta, 2007, pp. 241-273.

LUDMER, Josefina (comp.). *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1994.

QUINTANA, José Miguel. *La astrología en la Nueva España en el siglo XVII (de Enrico Martínez a Sigüenza y Góngora)*. México: Oasis, 1969.

RUBIO, Alejandro. *La enfermedad mental*. Buenos Aires: Gog&Magog, 2023.

SIGÜENZA y GÓNGORA, Carlos. *Mínimas multitudes* (ed. Facundo Ruiz y Gina Del Piero). Buenos Aires: Corregidor, 2018.

----. *Parayso occidental plantado y cultivado por la liberal y benéfica mano de los muy cathólicos y poderosos reyes de España nuestros señores en su Real Convento de Jesús María de México* [1684], UNAM-Centro de Estudios de Historia de México/Condumex, 1995. Edición facsimilar.

Zanetti, Susana. “La lectura en la literatura latinoamericana”, *Filología* 2 (1987): pp. 175-189.